

LA NOVELA SEMANAL



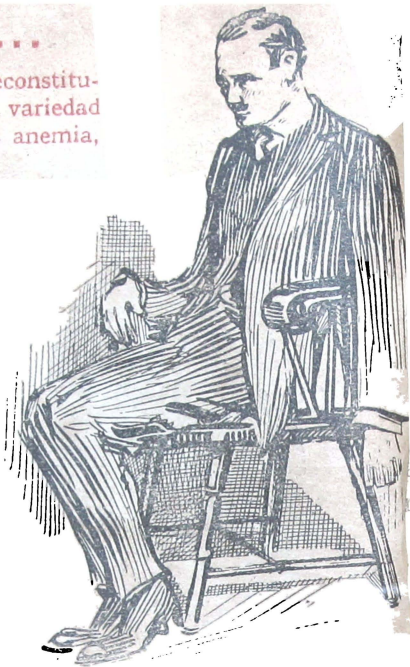
La Conversión

POR

CLAUDIO DE SOUZA

Los médicos dicen...

Que Hierro Nuxado es un poderoso reconstituyente y lo recomiendan en una gran variedad de casos para combatir la debilidad, la anemia, el raquitismo y la neurastenia.



El hierro orgánico es tan necesario a la nutrición como el agua a las plantas, porque transforma la parte nutritiva de los alimentos en tejido vivo, dando así al organismo sangre nueva y músculos vigorosos.

Si los alimentos que ingerimos no contienen hierro, de nada aprovecha cuanto se come, puesto que pasa por el cuerpo sin que éste asimile lo más mínimo y produciendo, por el contrario, un desgaste orgánico que se traduce luego en debilidad y puede ser productor de largas y graves enfermedades.

Como la mayor parte de los alimentos corrientes no contienen suficiente cantidad de hierro orgánico, es necesario administrarlo al cuerpo de manera paulatina y convenientemente dosificado. Por esto deben tomar Hierro Nuxado aun aquellas personas aparentemente sanas, pero que sienten a veces cierto malestar por exceso de trabajo o por otras diversas causas propias de sus ocupaciones, como también las que sufren desarreglos intestinales o desórdenes funcionales de cualquier especie, y muy especialmente las señoras y señoritas que al sentir algo anómalo indefinido lo atribuyen a enfermedades pasajeras propias de su sexo, cuando en realidad es debido a la falta de hierro necesario en su organismo y a la pobreza de su sangre por el mismo concepto. Cuántas pacientes hay que sufren al parecer enfermedades desconocidas e incurables, y que sanarían perfectamente si tomaran durante un tiempo, con regularidad, Hierro Nuxado.

No ha mucho se presentó a un célebre médico norteamericano un individuo, al parecer completamente sano, que deseaba asegurarse la vida y que precisaba la revisión médica previa en estos casos. Pues bien; esta persona manifestó que siempre se sentía bien y que sólo alguna vez, por rara casualidad, notaba una especie de ligero malestar, al que no daba importancia por lo poco que lo molestaba. Al ser revisado prolijamente se vio que padecía una lesión en los riñones, que hubiera podido ser muy grave por poco que se hubiesen presentado condiciones favorables para su desarrollo, y tuvo necesidad de tomar durante un tiempo Hierro Nuxado para sanar por completo y ser aceptado por la compañía en la que quería asegurarse. Este es un caso patente que comprue-

ba lo equivocadas que están muchas personas que se creen sanas y que en realidad llevan en su organismo los gérmenes de peligrosas enfermedades que pueden llegar, a veces, a tener tales consecuencias.

El poderoso tónico Hierro Nuxado prescripto por los médicos en la mayor variedad de casos, no es una medicina de patente ni un remedio secreto cuyas propiedades curativas estén guardadas de cualquier circunstancia, ni una fórmula que pueda presentarse, no. Hierro Nuxado es una fórmula bien conocida en las droguerías, analizada perfectamente y considerada como la forma más moderna y eficaz de preparar el hierro orgánico y posee, además de la ventaja de asimilarse con la mayor facilidad, las no menos importantes de no ennegrecer la dentadura y de que no descompone el estómago, antes bien es potentísimo para casi toda clase de indigestión, como asimismo para la excesiva nerviosidad y para la extenuación.

Es tanta la confianza de los fabricantes en las bondades de Hierro Nuxado, que ofrecen entregar \$ 1000.00 a cualquier institución de caridad siempre que alguna persona, con falta de hierro en su organismo, no acreciente sus fuerzas en un 200 por ciento tomando este producto durante un período de cuatro semanas consecutivas, si no padece algún desorden crónico grave.

SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS DROGUERIAS Y FARMACIAS.
Unico importador: LUIS F. MILANTA, Rivadavia 1255—Bs. As.

A nuestros agentes y corresponsales

Comunicamos a todos los señores agentes y corresponsales que habiéndose reeditado ya la colección completa de las interesantísimas obras que hemos venido publicando en nuestro semanario, pueden dirigir sus pedidos de colecciones, sin pérdida de tiempo, con el fin de evitar demoras en los envíos, a la Agencia General de Librería y Publicaciones, calle Rivadavia 1573.

En las localidades del interior y exterior de la República, donde no tengamos representantes, puede solicitarse la agencia de nuestro semanario siempre que sea por personas que acrediten tener la responsabilidad necesaria para el caso. — Dirigir las solicitudes a la Agencia General, Rivadavia 1573. — Buenos Aires.

LA ADMINISTRACION.

Confiamos en que tanto las mujeres como los hombres adoptarán esta costumbre

Un vaso de agua caliente tomado todas las mañanas nos ayuda a parecer y a sentirnos limpios, confortables y frescos.

Un cutis bien limpio, terso, pulido, firme, vigoroso y activo; una tez rosada natural, y estar libre de enfermedades, se logra sólo con sangre pura y sana. ¡Cuántos cambios satisfactorios ocurrirían sólo con que cada mujer y cada hombre se dieran cuenta de las maravillas del baño interno!

En lugar de los miles de hombres, mujeres y niños enfermos y de aspecto anémico, de mujeres y niñas con semblante macilento o terroso; en lugar de la multitud de "agotados nerviosos", "abatidos", "fatigados mentales" y pesimistas, veríamos en todas partes una muchedumbre de optimistas con mejillas rosadas.

A las personas propensas a jaquecas, biliosidad, mal aliento, reumatismo, resfriados; y particularmente las que tienen cara pálida, cetrina y padecen con frecuencia de estreñimiento, se les recomienda procurarse en la botica un cuarto de libra de fosfato de limestone, el cual costará una insignificancia, pero es suficiente para demostrar el rápido y notable cambio que aguarda tanto en la salud como en apariencia a los que practican el aseo interior. Debemos recordar que la limpieza interna es más importante que la externa, porque la piel no absorbe impurezas para contaminar la sangre, mientras que los poros de los treinta pies de intestinos, sí.



EL MEJOR
Tónico - Aperitivo
DEL MUNDO



Giussani y Taiana. -- GARAY 866

El lunes próximo publicaremos

N.º 36

EL ÚLTIMO BRINDIS

Hermosísima novela inédita original del eminente escritor

CESAR CARRIZO

autor de HOLOCAUSTO, en donde describe la tragedia vivida de dos almas.

Sucesivamente: **EL HOMBRE** de Pedro Sonderéguer; **TRINIDAD GUEVARA** de Enrique García Velloso y otras de Mariano de Vedia, Enrique Gómez Carrillo, Horacio Oyhanarte, Martínez Zuviría, Belisario Roldán y Manuel Gálvez.

LA CONVERSIÓN

Novela inédita original de

CLAUDIO DE SOUZA

I

El viejo padre Roque, fra Camila, el Lagarto y Quito, eran las cuatro personas que habitaban aquella antigua casa de piedra. Estaba arrinconada junto a un cerro, durmiendo arrullada durante el invierno, y parecía temblar de evocaciones pasionales a la llegada de la primavera, cuando nacían en su faz dura y oscura los brotes violáceos de las trepadoras en flor. No existe casa antigua alguna que no haya abrigado pasiones, como no hay tampoco vejez ante la cual la primavera no evoque "caudales".

La casa era baja y amplia. Al mirarla daba una impresión de su pobreza; se comprendía que fuera construida poco a poco, con remiendos y añadidos, aquí y allá. Al fondo se veían el granero y el establo, erguidos sobre palo a pique; al frente se levantaba una media rotonda, en donde se guardaban los ornamentos y joyas más ricas de la iglesia; en el centro estaba el comedor de techo rústico y paredes desnudas y blancas, en una de las cuales agonizaba un Cristo negro sobre un madero tosco. Esta habitación tenía pocos muebles: una mesa de pies torneados y unas sillas altas de

NOTA.—La colección completa de nuestras obras (la mayoría reeditadas) se pone en venta por última vez durante el curso de julio al precio único de 10 centavos el ejemplar. Pasada esa fecha el número atrasado valdrá \$ 0,20.

Pídanse en los kioscos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior.

Al final de esta obra va la nómina de las novelas publicadas hasta la fecha.

LA CONVERSIÓN

cuero Moscovia de estilo gótico, adulterado por las invasiones mazarabes y difundido por los portugueses en sus colonias.

Estrecha, mal iluminada, con un acre olor de humedad la casa parecía desahogarse ansiosa por un amplio corredor que daba a la quinta, protegiéndole uno de los flancos. En lo alto del tejado se veía una veleta rara, como un gran pájaro de alas abiertas que estuviera secando sus plumas al sol.

La vivienda estaba cercada por vetustos árboles de espeso follaje, bien unido; formando como escamas a través del cambiante de los tonos verdes de la luz y que le daban un encanto suave de sombra y de silencio. La abrigan del sol en verano y del viento en el invierno; y en otoño y en primavera la arboleda le regalaba el murmullo musical de sus frondas y el gorjeo de sus pájaros. Completaban la placidez de aquel trozo de paisaje antiguo — que la torre de la pequeña iglesia cerraba por el lado de la aldea y por el otro lado prolongaba hasta la montaña las plantaciones — el maizal de rubias espigas, la alfombra verde de las hortalizas y los epitafios tristes de los eucaliptus, crecidos en la tierra cenagosa, entre los espartos, bebiendo la sangre negra del erial y esculpiéndose sobre la ladera del cerro con sus troncos de hierro viejo, sus gajos de alambre y sus hojas de latón herrumbroso.

El padre Roque andaba vacilante con su vejez; no tenía ya el antiguo vigor que lo hizo temido en los alrededores. Penetró en aquella casa cuando sus cabellos comenzaban a blanquear y allí habían concluido de encanecer; allí momificara su carne con la abstinencia larga de todos los deseos, embalsamándola con el incienso de la oración continua, y agriándola, en las claras noches de luna, noches de luna que movían su alma a la evocación, torturante, de todos aquellos pormenores de la traición de su único amor, amor infausto que le hiciera trocar la toga de juez en una comarca de Minas, por la sotana anónima, con que se encerró en aquel lugarejo, al margen de la vida humana.

Al ordenarse no quiso honores ni preferencias de ninguna clase; no le habían tentado tampoco las seducciones de la gran ciudad, que lo esperaba ansiosa, en el púlpito, con la nota de su escándalo elegante y de su desilusión amorosa. Endió aquella parroquia lejana, que era un pobre burgo mal alimentado por una tierra árida. Vendió, poco a poco, lo que tenía y fué allí reconstruyendo lentamente, con lo que le daban sus rentas, aquella casa de piedra, de la cual aspiraba a no salir nunca más.

¡Un alma de santo! — decían de él, y contaban milagros: enfermos desahuciados a quienes llevó la salud al ungirles con los últimos sacramentos; lluvias que cayeron después de una prolongada sequía por una oración suya; tierras estériles por él bendecidas que habían comenzado a producir todo, como la de ño Quintín Eugenio, la cual daba ahora cañas del grueso de un coqueño grande!

El padre Roque salía rara vez; sólo estaba pronto al llamado de una confesión. Pero cuando salía, la aldea se lo disputaba y todos venían a besarle la mano y a pedirle que les bendijera la casa y los hijos. Los pobres se arrastraban a besarle el ruedo de la sotana blanqueada por el polvo del camino. No sólo lo amaban, sino que lo respetaban y hasta le temían.

—¿Qué dirá el padre Roque?... ¡Si el padre Roque supiera!

Con estas y otras exclamaciones idénticas se exteriorizaba el temor colectivo que aquellas dos mil almas tenían por el hombre

que entre ellas envejecía en la virtud y en la abstinencia, sin dejarse contaminar por las pasiones que las agitaban; temor que regulaba, mejorando la vida de los aldeanos arrancándoles los impulsos de la animalidad y encaminándolos hacia una concepción más pura de la vida.

—¡Voy a contárselo al padre Roque!...

Bastaba esta amenaza para atemperar un mal gesto, para acallar los impulsos de las malas pasiones, para terminar una riña o interrumpir una diversión excesiva.

Especialmente en lo que se refería a los amores, a las conversaciones escondidas, o a los deslices pasionales que se apartaban de la más absoluta pureza, los jóvenes y lo mismo las mujeres temblaban ante el nombre del padre Roque, porque era sabido que cualquier otra falta podía merecerle indulgencia, según fuera el arrepentimiento, pero su condenación era inexorable para los pecados de amor. Todo podía llegar a obtener su piedad y su absolución menos el amor que se oculta para escarnecer y traicionar...

Fué tal vez este exagerado rigor y la sinceridad que sus palabras traducían, lo que siempre impidió que en aquella agremiación intrigante y malevolente, se hicieran malos juicios o alusiones maliciosas a la circunstancia de vivir bajo el mismo techo del padre Roque una mujer: ña Camila, que había entrado muy joven a su servicio, cuando se murió el padre, sacristán de la iglesia.

Ña Camila tenía entonces unos 18 años; era preciosa, de cabellos rubios, cual si hubieran sido fundidos en la llama roja de los candelabros de la iglesia. Había tenido un novio, convencida de que llegaría a casarse con ella: Teodoro, un muchachón de 22 años, musculoso y fuerte, de mirada traviesa y arrogante, que siempre estaba procurando empleos, sin aptitudes para nada que no fuese holgazanería y juerga. Cuando el sacristán se enfermó, fué a ofrecerse para sustituirlo. El padre Roque, que conocía su índole salvaje, sólo lo aceptó provisionalmente. Fué entonces cuando Teodoro y Camila intimaron sus relaciones. Al principio ella le tuvo miedo, al ver cómo quemaba vivos los ratones que cazaba. Con ella, sin embargo, era todo carños y acabó por conquistarla. Juntos hacían la limpieza de la iglesia por la mañana. Teodoro era curioso; y preguntaba más de lo que trabajaba. Se paraba junto al altar y quería que Camila le dijese algo de los santos, de sus milagros, y casi siempre soltaba una carcajada irreverente que la helaba:

—No seas tonta, . . . ¡No creas en eso! Son cosas que el padre inventa para embaucar a las mujeres.

Una mañana fué más lejos. El padre Roque había dejado abierto el sagrario, mientras iba a la sacristía a buscar hostias para consagrar. Teodoro se aproximó para ver de cerca la custodia, toda de oro con brillantes. Se mostró interesado y quiso saber quién había regalado aquellos brillantes, cuánto valían, y si no tenían miedo de dejarlos así, con "una cerradurita tan débil". Camila le cortó que había un secreto dentro del sagrario; aun cuando lo destruyesen, no encontrarían la custodia: sólo el padre Roque y el sacristán conocían el secreto. En cuanto a los brillantes, el mismo padre Roque fuera quien los donara a la iglesia.

—¿Y gastan tanto dinero en esas bobadas, mientras dejan morir la gente de hambre y de pobreza...?

Camila se había horrorizado al oír a Teodoro. ¿Bobadas? ¡Y era nada menos que el Santísimo Sacramento!

LA CONVERSIÓN

cuero Moscovia de estilo gótico, adulterado por las invasiones mazarabes y difundido por los portugueses en sus colonias.

Estrecha, mal iluminada, con un acre olor de humedad la casa parecía desahogarse ansiosa por un amplio corredor que daba a la quinta, protegiéndole uno de los flancos. En lo alto del tejado se veía una veleta rara, como un gran pájaro de alas abiertas que estuviera secando sus plumas al sol.

La vivienda estaba cercada por vetustos árboles de espeso follaje, bien unido, formando como escamas a través del cambiante de los tonos verdes de la luz y que le daban un encanto suave de sombra y de silencio. La abrigan del sol en verano y del viento en el invierno; y en otoño y en primavera la arboleda le regalaba el murmullo musical de sus frondas y el gorjeo de sus pájaros. Completaban la placidez de aquel trozo de paisaje antiguo — que la torre de la pequeña iglesia cerraba por el lado de la aldea y por el otro lado prolongaba hasta la montaña las plantaciones — el maizal de rubias espigas, la alfombra verde de las hortalizas y los epitafios tristes de los eucaliptus, crecidos en la tierra cenagosa, entre los espartos, bebiendo la sangre negra del erial y esculpiéndose sobre la ladera del cerro con sus troncos de hierro viejo, sus gajos de alambre y sus hojas de latón herrumbrado.

El padre Roque andaba vacilante con su vejez; no tenía ya el antiguo vigor que lo hizo temido en los alrededores. Penetró en aquella casa cuando sus cabellos comenzaban a blanquear y allí habían concluido de encanecer; allí momificara su carne con la abstinencia larga de todos los deseos, embalsamándola con el incienso de la oración continua, y agriándola, en las claras noches de luna, noches de luna que movían su alma a la evocación, torturante, de todos aquellos pormenores de la traición de su único amor, amor infausto que le hiciera trocar la toga de juez en una comarca de Minas, por la sotana anónima, con que se encerró en aquel lugarejo, al margen de la vida humana.

Al ordenarse no quiso honores ni preferencias de ninguna clase; no le habían tentado tampoco las seducciones de la gran ciudad, que lo esperaba ansiosa, en el púlpito, con la nota de su escándalo elegante y de su desilusión amorosa. Vendió aquella parroquia lejana, que era un pobre burgo mal alimentado por una tierra árida. Vendió, poco a poco, lo que tenía y fué allí reconstruyendo lentamente, con lo que le daban sus rentas, aquella casa de piedra, de la cual aspiraba a no salir nunca más.

¡Un alma de santo! — decían de él, y contaban milagros: enfermos desahuciados a quienes llevó la salud al ungirles con los últimos sacramentos; lluvias que cayeron después de una prolongada sequía por una oración suya; tierras estériles por él bendecidas que habían comenzado a producir todo, como la de ño Quintín Eugenio, lo cual daba ahora cañas del grueso de un coquero grande!

El padre Roque salía rara vez; sólo estaba pronto al llamado de una confesión. Pero cuando salía, la aldea se lo disputaba y todos venían a besarle la mano y a pedirle que les bendijera la casa y los hijos. Los pobres se arrastraban a besarle el ruedo de la sotana blanqueada por el polvo del camino. No sólo lo amaban, sino que lo respetaban y hasta le temían.

—¿Qué dirá el padre Roque?... ¡Si el padre Roque supiera!

Con estas y otras exclamaciones idénticas se exteriorizaba el temor colectivo que aquellas dos mil almas tenían por el hombre

que entre ellas envejecía en la virtud y en la abstinencia, sin dejarse contaminar por las pasiones que las agitaban: temor que regulaba, mejorando la vida de los aldeanos arrancándoles los impulsos de la animalidad y encaminándolos hacia una concepción más pura de la vida.

—¡Voy a contárselo al padre Roque!...

Bastaba esta amenaza para atemperar un mal gesto, para acallar los impulsos de las malas pasiones, para terminar una riña o interrumpir una diversión excesiva.

Especialmente en lo que se refería a los amores, a las conversaciones escondidas, o a los deslices pasionales que se apartaban de la más absoluta pureza, los jóvenes y lo mismo las mujeres temblaban ante el nombre del padre Roque, porque era sabido que cualquier otra falta podía merecerle indulgencia, según fuera el arrepentimiento, pero su condenación era inexorable para los pecados de amor. Todo podía llegar a obtener su piedad y su absolución menos el amor que se oculta para escarnecer y traicionar...

Fué tal vez este exagerado rigor y la sinceridad que sus palabras traducían, lo que siempre impidió que en aquella agremiación intrigante y malevolente, se hicieran malos juicios o alusiones maliciosas a la circunstancia de vivir bajo el mismo techo del padre Roque una mujer: ña Camila, que había entrado muy joven a su servicio, cuando se murió el padre, sacristán de la iglesia.

Ña Camila tenía entonces unos 18 años; era preciosa, de cabellos rubios, cual si hubieran sido fundidos en la llama roja de los candelabros de la iglesia. Había tenido un novio, convencida de que llegaría a casarse con ella: Teodoro, un muchachón de 22 años, musculoso y fuerte, de mirada traviesa y arrogante, que siempre estaba procurando empleos, sin aptitudes para nada que no fuese holgazanería y juerga. Cuando el sacristán se enfermó, fué a ofrecerse para sustituirlo. El padre Roque, que conocía su índole salvaje, sólo lo aceptó provisionalmente. Fué entonces cuando Teodoro y Camila intimaron sus relaciones. Al principio ella le tuvo miedo, al ver cómo quemaba vivos los ratones que cazaba. Con ella, sin embargo, era todo cariños y acabó por conquistarla. Juntos hacían la limpieza por la iglesia por la mañana. Teodoro era curioso; y preguntaba más de lo que trabajaba. Se paraba junto al altar y quería que Camila le dijese algo de los santos, de sus milagros, y casi siempre soltaba una carcajada irreverente que la helaba:

—No seas tonta, ... ¡No creas en eso! Son cosas que el padre inventa para embaucar a las mujeres.

Una mañana fué más lejos. El padre Roque había dejado abierto el sagrario, mientras iba a la sacristía a buscar hostias para consagrar. Teodoro se aproximó para ver de cerca la custodia, toda de oro con brillantes. Se mostró interesado y quiso saber quién había regalado aquellos brillantes, cuánto valían, y si no tenían miedo de dejarlos así, con "una cerradurita tan débil". Camila le contó que había un secreto dentro del sagrario; aun cuando lo destruyesen, no encontrarían la custodia: sólo el padre Roque y el sacristán conocían el secreto. En cuanto a los brillantes, el mismo padre Roque fuera quien los donara a la iglesia.

—¿Y gastan tanto dinero en esas bobadas, mientras dejan morir la gente de hambre y de pobreza...?

Camila se había horrorizado al oír a Teodoro. ¿Bobadas? ¡Y era nada menos que el Santísimo Sacramento!

LA CONVERSIÓN

El padre Roque volvió, y al entrar amonestó a Teodoro que mal cuidaba de sus obligaciones, pues no había traído las hostias que faltaban para el día siguiente, primer viernes del mes. El muchacho, estando junto a su novia, no quiso dejarse humillar y le contestó con arrogancia, despidiéndose. El sacristán, al tener conocimiento del hecho, lo expulsó de su casa, y Teodoro hubo de convenir con Camila el modo de encontrarse de noche, en el pequeño patio que había entre la iglesia y los cuartos donde vivía con el padre. El patio estaba cercado por un gran muro de piedra y una reja alta y cerrada. Camila acudía temblando todas las noches, e insistía con Teodoro para que la pidiera en casamiento, a fin de concluir con aquello. ¡Dios los librara de que el padre Roque lo supiese!

Teodoro contemporizaba con disculpas, y hasta ponía al propio padre Roque como pretexto, cuyo enojo era preciso esperar que se ablandase. Y a medida que las noches se sucedían, él aumentaba la intimidad y las libertades, diciéndole cosas que hacían sonrojar a Camila. Una noche le pidió que tratara de que se pudieran ver en otro sitio para estar más cerca uno de otro, sin aquel muro y aquella reja de por medio, y como ella se mostró esquiva, redobló sus cariños, sus promesas y sus juramentos. Pasó las manos por entre las rejas, y la abrazó.

—Yo te quiero sentir contra mi pecho... ¡Así! Y tomándola por la cintura, la atrajo hacia él magullándole los firmes senos contra la reja, al apretárselos en una crispación.

—¡Ay! no me machuques... — dijo ella, librándose; y quedó un poco apartada, frotándose el dolorido pecho. — No vendré más. ¿sabes?

El insistió; midió el muro y la reja; buscó las piedras en que podía afianzar los pies, y asegurándose en uno de los pilares, tentó erguirse.

Ella quiso marcharse.

—¡No te vayas! Yo voy allá. Yo te prometo que no te haré mal. Es sólo para decirte una cosa. ¡Espera!

Ella protestaba:—No, no; no vengas, que el padre podría oír. Y continuaba en tanto allí, parada sin saber por qué, con miedo de que él se cayera, deseando ir a ampararlo. Teodoro se resbaló, y colgando de la reja tentaba reequilibrarse, cuando surgió una mujer mal trajeada, deshecha, de cabellos desgreñados, trayendo una cosa informe bajo el chal. Era la Rita: Camila la reconoció en seguida, a la luz de la luna. La Rita había tenido un desliz; el padre Roque la había acusado en el sermón de la misa y ella desapareciera corrida, sin revelar el nombre de su seductor. Había ido a vivir a un rancho que le dieran de limosna, junto a un pedregal, que ella sembraba. Se sabía de ella que tuviera un hijo y que casi se había muerto, sin cuidados de nadie al darlo a luz.

Teodoro, de un salto, se acercó a Rita.

—¿Qué quieres aquí? — le preguntó rápido, esputando las palabras como si esputase sangre coagulada. — Vete o te pego.

Rita abrió el chal y le mostró el hijo:

—Pégame, pégame, maldito, ¡y pega a tu hijo también!

Y a la luz triste de la luna exhibía, casi desnuda, una criatura esquelética, horrible, de costillas bombeadas, que pinchaban la piel seca y amarilla. Y mostrándoselo a Camila, imprecaba:

—¡Aquí está!... ¡Aquí están los frutos de ese maldito! ¡Que no te engañe como me engañó a mí!

Teodoro, brutal, impulsivo, sanguíneo, no se contuvo y le asesinó dos puñetazos. Rita cayó en tierra, quejándose; la criatura se le cayó de los brazos y como un guiñapo rodó por la tierra áspera.

—¡Mátalo!... ¡Mátame, desgraciado! — díjole Rita con la boca ensangrentada, agarrándose al hijo.

Camila no quiso ver más. Con los cabellos erizados, los ojos llenos de espanto y los labios torcidos por la ira, gritó a Teodoro y evitó que siguiera pegándole. Después se dirigió a Rita:

—¡Yo no sabía, Rita! Perdóname. Vete tranquila, que no seré yo... — y en sollozos, en sollozos de rabia, de desilusión amarga, corrió para su cuarto, donde fué a llorar su primero, su grande y tal vez su único amor de rubia pequeña y llena de pecas, de cabellos de fuego, como fundidos en la llama de los cirios de la iglesia.

Rita, asida al hijo, besaba los pies del amante, en uno de esos cambios bruscos de los apasionados.

—¡Perdóname, amor!... Los celos me exasperan. ¡Es que te quiero tanto!

—¡Suéltame! ¡Suéltame! — rugió Teodoro, ya más calmado, después de aquella explosión de sus impulsos.

Ella vió una esperanza en su voz. Dejó el hijo en el suelo, se arrastró, abrazándose a sus piernas y besándole las manos humildemente, como un perro.

—¡Perdóname!... ¡sólo te tengo a tí!

Y cruzaba el brazo por el cuello del amante, apartándole la mano con que débilmente se defendía, buscándole los labios ansiosa:

—¡Dile que la quieres, a la madre de tu hijito!...

Al contacto del hálito caliente de su cuerpo encendido de pasión, Teodoro — perdida Camila — sintió renacerle el orgasmo de minutos antes. Miróla primero, calculadamente; la hizo prometer que continuaría guardando secreto y negar, si por acaso Camila lo denunciase; pues si lo quisieran obligar a casarse, desaparecería nuevamente. Ella le prometió todo; ¿qué le importaba el casamiento, el mundo?... Sólo lo quería a él, sólo a él... Y viéndola él así, sumisa a sus caprichos, a su voluntad, con la fisonomía embellecida por el ardor del amor, le pasó el brazo fuerte por la cintura, y pensando "¡todas son mujeres!", la trajo contra su pecho con la brutalidad de todos sus impulsos febricantes y de odio, y unió sus labios a los de Rita, aun ensangrentados por sus golpes...

La criatura, en el suelo, lloraba. Teodoro le puso un pie en la boca.

—¡Cállate, basura! — y besó de nuevo a Rita.

Camila, que volvió a espiarlos, vió la escena, y escupiendo por entre los dientes, en un impulso de rabia y asco, cerró la puerta de la casa. Y cerró también la puerta de su corazón para los hombres.

II

Al día siguiente se supo; por fin, en la aldea quién era el seductor de Rita. Se hicieron pesquisas e interrogatorios; y a pesar de las negativas obstinadas de ella, que quería salvar a Teodoro a toda costa, se descubrió la verdad entera. Teodoro desapareciera y poco después desapareció también Rita, quedando de todo aquello apenas un eco apagado, menos en el corazón de Camila. Esta

estuvo algunos días displicente; no servía ni para cuidar a su padre que estaba agonizando. Muerto el sacristán, el padre Roque se impuso el deber de ampararla y ella se enclaustró en aquella casa llena de sombra, silencio y aislamiento.

Para el padre Roque era toda sumisión y reconocimiento; para los demás, y especialmente para los hombres, era cerrada y áspera. Cuando friso en los 40 años — y ya entonces era ña Camila — entró en aquella casa Quito, un muchacho nieto del viejo organista del seminario en donde se ordenara el padre Roque, y que en la hora de la muerte se lo dejara recomendado. El padre Roque, ya viejo, lo recibió bien, casi con ternuras de abuelo. Para ña Camila, era, sin embargo, un intruso. El abuelo había comenzado a enseñarle el órgano, prácticamente, adivinando en él un gran gusto, una verdadera vocación por la música sacra, y soñara en vivir el tiempo necesario para que llegase a sustituirlo. Quito pidióle al padre Roque que lo dejara continuar, aunque fuera de oído; pero el padre se rió, prometiéndole eso para más tarde, para cuando tuviese dedos. Ña Camila, que había oído todo, hizo de aquella inocente pretensión un mote continuo:

— ¡Miren a nuestro organista! — Y mandándole lavar el piso de la cocina agregaba: — ¿No quieres ser doctor o cura? Es siempre mejor que subir al coro, mi princesito.

Estas burlas aferraban a Quito en su idea. No habló más de aquello, y pensó en estudiar a escondidas, de noche, cuando todos durmieran y aparecer un día, sin que nadie lo esperase, tocando el órgano con igual maestría que el abuelo. ¡Habría que ver, entonces, la risa de ña Camila! La iglesia tenía dos llaves y escondió una de ellas. A altas horas de la noche, cuando todos dormían, cautelosamente, penetraba a la iglesia, subía con el corazón palpitante la escalera estrecha del coro y se sentaba al órgano. En sordina, con medios tonos cautelosos, iba ensayando las obras que oyerá tocar al abuelo. Quedábase horas enteras abstraído en su pasión. Se recogía de madrugada, y todo el día, mal dormido, somnoliento, oía con cierto consuelo las imprecaciones de ña Camila, seguro de que su martirio pronto terminaría.

Una noche alguien dejó el portón de la chacra abierto; los chanchos entraron, hozaron y devastaron los canteros de la huerta. El padre Roque esa mañana, al descender, se encontró con el estrago y llamó la atención de ña Camila, a quien recomendó más cuidado.

Ña Camila afirmó que no había sido ella quien dejó la puerta abierta; atribuyó el hecho a Quito, que vivía durmiendo, sin preocuparse de nada y que no merecía ni siquiera la comida que se le daba. Quito, que oyerá todo, luego que el padre se retiró vino a ver a ña Camila para decirle que él no había sido. Se alteró ésta, llamándole estúpido, Quito le dijo que era una intrigante. Por esta respuesta, ña Camila, roja de cólera, agredió a puñetazos al huérfano, que cruzó los brazos sobre el cuello para defenderlo, murmurando apenas un ¡ay! y repitiendo el insulto:

— ¡Intrigante... mentirosa!

El padre Roque volvía de la huerta, y al verla le dijo:

— ¿Qué le hace al muchacho, ña Camila? No quiero que le pegue, ¿entendió?

— Su reverencia no tenga cuidado, que no me duelen las manos. Quito no sólo dejó la puerta abierta, sino que se ha atrevido

a llamarme mentirosa. Su señoría hace mal en recoger esta gente que anda por ahí.

—No he sido yo... — sollozó Quito.

—¿Ve, señor vicario, cómo miente? ¿Pues quién había de ser, maldecido?

En ese momento apareció el Lagarto, un pobre diablo que recibía la comida por limosna y que la retribuía haciendo el trabajo de la chacra. Flaco, esquelético, famélico, lo apodaron con el sobrenombre de Lagarto, por las manchas blancas de lepra que le salpicaban el rostro y las manos oscuras.

—No fué él — dijo el Lagarto.

—¿Entonces, quién fué? — preguntó ña Camila — ¿Quizá yo, no? Eres otro; no vales ni lo que comes. Sólo la bondad del señor vicario...

—¿Quién fué, entonces, Lagarto?

Lagarto miró de soslayo a ña Camila, que tuvo un ligero movimiento de párpados, y pausadamente le contestó:

—Fuí yo, señor vicario; perdóneme.

—¿No ve, señor vicario! — exclamó ña Camila, retirándose más tranquila. — Vea para lo que sirven. Por eso desearía estar sola aquí.

El padre Roque se aproximó a Quito que, delante de la revelación de Lagarto, lloraba más dolorosamente al ver probada la injusticia de que era víctima. Levantóle la cabeza y, enjugándole con su pañuelo algunas gotas de sangre que le coloreaban las orejas, díjole:

—No llores, niño. Toma — y le dió un durazno que acababa de cortar en la quinta.

—Es que no fui yo — repetía Quito, con la insistencia de las criaturas. — Fué una injusticia.

—La vida no es siempre justa, mi hijo — le contestó el padre Roque.

—¿Ña Camila!

—¿Señor vicario!

El Lagarto, meneando su cabeza de cabellos siempre enmarañados, consoló a Quito.

—Olvidate de esto, muchacho. La vida, para quien es pobre, es así: una porquería.

—Todo es porque no tengo ni padre ni madre.

Y ante la palabra madre, una luz nueva y triste iluminó sus ojos, como si en sus lágrimas flotasen las hojas secas que el torrente arrastra y que recuerdan con melancolía el árbol distante...

Lagarto se rió, se rió con una risa resignada de miserable acostumbrado a la vagancia, de miserable que capitula para vivir.

—Haz tu trabajo, muchacho. No te preocupes más de esto. Trata de agradar a ña Camila, de adularla. ¡Haz como yo! — Y reía mientras se le arrugaba la piel gruesa llena de costras y suciedad.

—¿Pero si no fui yo! ¡Si fué usted!

—¿Yo? — replicó el Lagarto. — ¡Ni siquiera pasé por ahí!

—¿Entonces por qué lo dijo?...

—Porque te ví sufrir, y sabía que no eras culpable. Sufrir por sufrir, preferí ser yo y no oír los insultos. Ya soy viejo en el oficio, ya no sufro, ya la lepra me anuló el dolor.

—¿Pero quién fué, entonces?...

—¿Quién había de ser! Ña Camila. ¿No te diste cuenta? Sólo

acusa así quien es culpable. Yo la ví pasar; pero no digas nada. Ella es la dueña de casa; el padre sólo confía en esa criolla vieja; ¡hasta del secreto del sagrario!

—¡Oh, eso no! Voy a contarle al padre Roque. — Y sin más reflexión, llamó hacia adentro: — ¡Señor vicario!

Lagarto quiso taparle la boca, aconsejándolo:

—¡Cállate! En esta vida de miseria se adula para morder más tarde.

El padre Roque, sin embargo, que oyera la voz del chico, apareció en la puerta de la galería.

—¿Quién me llama?

• Lagarto le respondió humilde, encorvado y con voz compungida de contrición profunda:

—Yo, señor vicario. ¿No ve que yo no tenía coraje de llamarlo para pedirle perdón de haber dejado la cancela abierta? Yo merecía ser arrojado a la calle... Sólo la bondad suya...! — Y cayó de rodillas besando la mano del padre, como un humilde can. El padre Roque se conmovió:

—Levántate, hombre. No es tan grande el crimen. — Y volviéndose para la cocina, ordenó: — Ña Camila, déle algo de beber a Lagarto.

Ña Camila, que se asomó a la ventana, se santiguó:

—¡Siempre sucede esto! Su señoría los hace perdidos.

El padre Roque advertía a Lagarto:

—Una copa sola, para que no te acostumbres mal!

—¡Ah, padre, yo no bebo! Sólo bebo cuando usted, padre, manda que me den una copita.

Después que el padre volvió las espaldas, encaminándose hacia las palmeras, con su breviario abierto, Lagarto, con su risa de cínico, repitió a Quito:

—Así es cómo se vive, muchacho. Aprende conmigo. No somos sólo nosotros los miserables. Los otros también lamen los pies, cuando necesitan algo y se hacen lamer los suyos propios cuando encuentran algún necesitado... ¡El hombre! La gente no puede decir que vale más que los cerdos porque se tenga una madre que se conoce y un padre que muchas veces no se sabe quién es, pues fuera del padre y de la madre, lo demás es una porquería: si encuentran la puerta abierta lo hozan todo, lo mismo la quinta de un hereje que la huerta de un cristiano, como los cerdos.

III

Era de noche. La luz había desaparecido de las ventanas; el padre Roque dormía.

Cuando el viento zumbaba con su ruido bribón de silbidos, los perros parecían hacerle coro con sus ladridos; y cuando volvía, oprimido, los canes también bajaban de tono, casi recelosos de los lobinsones, de las luces malas y de las mulas sin cabeza, que la creencia popular hace volar en las alas de los vientos de la media noche. Y se mezclaban los tonos: oouu...uuuu...oouu...uuuu... Al fin se fatigaba el viento y se fatigaban los canes. Volvía todo al más absoluto silencio, y las aguas oscuras de la sombra parecían que se engrosaban, que se consolidaban, coagulándose en un líquido grueso. Eran las horas del reloj de la torre que penetraban en la sombra, cortándola como la quilla de un patín, con los sonidos metálicos de sus cuartos: ten... ten... ten...

Ladaban de nuevo los canes, y algún gallo soñador presa de una pesadilla, se ponía a cantar... La alborada en plena sombra. ...Era más de media noche, cuando el portón se abrió. Surgió por el una cabeza que espió cautelosa. Era Lagarto, con su figura alta, esquelética; el esternón en quilla, apuntando el tupido vello del tórax, por debajo de un rosario de cuentas; el rostro poliangular, con el pronunciamiento de los maxilares en la epidermis manchada; el cráneo agudo, calvo como la punta de una roca de protuberancia ruda.

La brisa leve que tocaba arpegios en el teclado verde del follaje, difundió el olor nauseabundo de su inmundicia, un olor caprimo de sudor viejo.

Miró la quinta; observóla como anhelando disolver la espesura de la sombra y aclarar los meandros. Siguió agazapado y fué a esconderse detrás de un tronco de árbol. Un perro despertó y ladró; los otros se pusieron también a ladrar. El Lagarto los hizo callar en voz baja:

--Peludo... Diana... Riacho... Y después de llamarlos chasqueando los dedos, les dió unas migas de pan que traía en los bolsillos de los pantalones de bayeta, cuyos forros despedazados se desdoblaban para afuera como párpados inflamados. Todo se tranquilizó de nuevo.

Na Camila, en su cuarto, todavía despierta, hesitaba. En la víspera, ya de noche, cuando volvía del pomar donde fuera a buscar unas hojas de naranja para hacer una infusión, se encontró de repente con Teodoro, que surgió detrás de un árbol. No volviera a verle desde la noche en que Rita les sorprendiera. Ni siquiera noticias suyas había procurado; lo único que sabía era que Rita había muerto, y eso porque se lo oyera al padre Roque.

Su primer impulso, de susto, de sorpresa o de pudor, fué huir, correr hacia la casa. Pero Teodoro se puso delante y le suplicó humildemente: -- ¡Sólo dos palabras; vengo de muy lejos para decírtelas; de muy lejos y he sufrido mucho... -- Na Camila, ante aquella voz, única que le hiciera una vez palpar el pecho en desconocidas ansias, se quedó y oyó. No parecía ya aquel muchacho brutal que quemaba los ratones y que golpeaba a Rita.

Traía ahora la cabeza baja y humilde; le contó todos sus padecimientos: había andado por aquí, por allá, por esos mundos de Dios, como alma en pena siempre pensando en ella. Desde que la Rita había muerto su única idea fuera volver para pedirle perdón...

--¡Ah, si fuese verdad lo que estás diciendo!

--Y entonces, ¿crees que estoy mintiendo en este momento?

Na Camila se sentía perturbada, entontecida, fuera de sí, como si una embriaguez progresiva se apoderara de ella. Decidió huir de aquella atracción, refugiarse en la casa y al día siguiente confesárselo todo al padre Roque, olvidándose definitivamente de aquel amor.

--Está bueno... está bueno... Adiós... Lo que ya pasó, pasó... No puede volver. Es como el vidrio: se quebró y no tiene compostura, -- le dijo a Teodoro, poniéndose en marcha apresuradamente.

--Te espero mañana, a media noche, aquí mismo... Tengo muchas cosas que decirte. No faltes ¿eh?

El resto de la noche transcurrió para Na Camila en un estado de sobresalto en que el sueño y la realidad se mezclaban.

LA CONVERSIÓN

—Yo que pensé que no quería más a ese desgraciado... — y se quedaba evocando los más pequeños episodios de su idilio, de aquella única vez en que sintió el placer de vivir.

En ese mismo momento, allá fuera, Lagarto, que había oído todo, exhortaba a Teodoro.

—Déjate de bobadas... ¡Parece que no hubieras corrido mundo!

—Es que yo la quiero... la quiero... y estoy ya viejo. ¿Qué puedo esperar ya?

—¿Qué puedes esperar?... ¿Qué?...

Y le expuso un plan que tenía. Teodoro venía como caído del cielo. Los dos juntos podían hacerse ricos en pocos días e ir a vivir lejos para gozar el resto de su vida. Discutieron mucho. Teodoro, al principio, se resistió; había venido para casarse, quería concluir su vida tranquilamente, con mujer e hijos. El Lagarto, sin embargo, supo interesar su ambición y su concupiscencia. Dinero tendrían mucho y mujeres habría así, y cerraba las puntas de los dedos y se los ponía ante los ojos al otro.

—¿Robar?... Robaban todos los que visten frac y todos los miserables, — argumentaba Lagarto. Y cerca ya de la madrugada se separaron entendidos.

—Que nadie sepa que yo estoy aquí — recomendó Teodoro. — Sigo viviendo allá en el rancho, donde vivía con la Rita, hasta que pueda arreglar mis cosas.

...ña Camila se levantó por la mañana sin haber adoptado ninguna resolución. ¿Iría luego a la noche? ¿No iría?... No pensó, sin embargo, en confesar al padre Roque el encuentro de la víspera. No tenía apuro; podía hacerlo al día siguiente, después que Teodoro le dijese cuanto tenía que decirle. Llegó la noche y ella estaba aún vacilando. "A medianoche" había dicho Teodoro. Quedóse sentada en la cama, pensando. Toda la historia de su antiguo amor la reconstituyó en su memoria. Se veía joven, en la sacristía, junto a Teodoro, en la iglesia, en el patio, de noche... Recordaba frases, gestos, actitudes. Y así pasaron los cuartos que el reloj de la iglesia iba marcando indiferentemente. Sonaron las once... y un cuarto... y la media... ¿Iría?... ¿No iría?... Tres cuartos... Se resolvió al fin... Tardaría poco; solamente el tiempo necesario para decir a Teodoro que se fuera y la dejase en paz antes que comenzaran las habladurías y que el padre Roque se enterase. Se puso un chal en la cabeza, tomó una linterna hurta-fuego, abrió la puerta de la cocina y salió al corredor. Levantó la mano con la linterna; miró hacia la quinta: luego volvió sus ojos hacia el sótano, cuyas ventanas estaban oscuras. Descendió la escalera que daba al patio. Sus pasos se sucedieron sordos en la tierra fofa y humedecida por el rocío, en dirección a la cancela de la quinta.

Se oyó un ruido seco junto a un árbol; rápido, se irguió el bulto de Lagarto y se arrojó sobre ña Camila. Una de sus manos le alcanzó el cuello, se aferró a él como una tenaza, mientras con la otra, rápidamente, le arrancó un cordón de oro que colgaba sobre los senos.

—¡Silencio!... ¿entiendo? si no quiere que vaya a contar al padre Roque que anda aquí a estas horas.

ña Camila aterrada al verse libre de la mano que la asfixiaba, quiso volver a la casa. Lagarto, sin embargo, la detuvo por la cintura.

—No piense que se va a ir así, sólo a cambio de este cordón — y con la mano izquierda suspendía la cadena de oro. Deme también a mí lo que les da a los otros.

—¡Déjeme, suélteme, conjurado! — decía ña Camila, debatiéndose.

—¿No me quiere?... ¿Será porque tengo la cara así, mordida por la lepra? Si tuviera dinero no me despreciaría ni usted ni las princesas... — Y se refa descaradamente. Ña Camila continuaba debatiéndose.

—¡Suélteme o grito!

—¡No gritará, no! Tiene miedo al padre Roque... No, no va así, limpia y arreglada, porque sí. Tiene su oro, su dinero guardado y cuenta con la amistad del padre... Ha llegado mi día también. — Y doblándole el busto le puso una mano en la frente y le echó hacia atrás la cabeza. Ña Camila horrorizada, con los labios forcidos de pavor, de enojo y de asco, le escupía la cara, la cara rojiza, llena de costras, que se aproximaba a la suya. Llegó a sentir el hábito caliente de la boca negra y desdentada de Lagarto, que se abría como un golpe de navaja.

—Te doy todo lo que tengo... oro... dinero..., pero déjame... déjame... por amor de Dios.

Los labios torpes de Lagarto ya rozaban los de ña Camila, que se defendía.

—¡Ay! ¡Ay!... ¡Socorro! — gritó desfalleciente al sentir los labios de Lagarto, repugnantes y fríos como una babosa, sobre los suyos.

—¡Suéltala, desgraciado! — y al sonar esta frase dos manos cayeron sobre los hombros de Lagarto tendiéndolo en tierra. Era Teodoro. Le puso el pie en el cuello y sacando un agudo cuchillo se dejó caer sobre Lagarto.

—¡No lo mates! — le imploró ña Camila, amedrentada. — ¡Todo se descubrirá y estoy perdida!

La hoja del cuchillo se desvió y fué a herir el brazo de Lagarto, quien defendía el pecho gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Acudan... que me matan!

Ña Camila había tomado a Teodoro por la espalda, impidiéndole los movimientos. Ya los perros ladraban, avanzando contra ellos.

—¡Si no fuese por tí, lo mataba! — decía Teodoro. Se oyó un ruido en las ventanas de la casa; abrióse una y apareció la figura del padre Roque, irguiendo una palmatoria en su mano trémula.

—Escóndete ahí, en el sótano — le dijo ña Camila a Teodoro, empujándolo para bajo el corredor; y rápida, volviéndose para Lagarto, le dijo bajito:—No diga nada; déjeme hablar... Tendrá todo lo que quiera.

—¿Quién está ahí? — preguntó en ese momento el padre Roque.

—¡Ah, señor vicario, una gran desgracia! — exclamó ña Camila. — Es Lagarto que lo han herido. Estoy aquí para socorrerlo. ¡Venga, venga, señor vicario!

Y mientras el padre Roque cerraba la ventana y bajaba, ña Camila repitió sus promesas a Lagarto:

—Le daré todo... todo...; pero que el padre Roque no sepa nada. ¡Qué sería de mí!

—Está bien, ña Camila... Ya se arreglará todo.

El padre Roque apareció en el corredor, cuya escalera descendió apresurado. Ña Camila redobló sus lamentaciones:

—¡Aquí... aquí... padre! ¡Todo por mi causa! Mandé a Lagarto que quedara vigilando la quinta porque andaban algunos gitanos en el pueblo, y lo han herido... ¡Qué desgracia!

El padre Roque se inclinó sobre Lagarto y a la luz de la vela le examinó la herida.

—Cálmese, ña Camila! Felizmente la herida no es grave — y tanteaba el pecho de Lagarto que se fingía desfallecido. Es preciso acostarlo. Vamos a llevarlo allá adentro. Tómelo por los pies: yo lo levantaré por la cabeza.

—¡Ay, mi buen Jesús, un crimen de estos en la casa del señor vicario!... — continuaba ña Camila, levantando el cuerpo de Lagarto.

—¡Para el sótano, ña Camila!

—¿Al sótano? No, padre. Hace mucho frío. Es mejor que lo llevemos a mi cuarto, y yo me arreglaré en cualquier parte. No puedo olvidarme que fui yo la culpable. ¡Que Dios lo libre de la muerte!

Y mientras transportaban a Lagarto, ella iba rezando.

Y Lagarto, cuya faz cínica parecía sonreír con profunda ironía pensando en el cuarto y en los cobertores calientes de la cama de ña Camila, iba repitiendo los rezos:

—Ave María, llena eres de gracia; el Señor es contigo, así en la tierra como en el cielo...

IV

A la mañana siguiente, Quito, medio somnoliento como siempre a causa de sus continuas vigillas junto al órgano, al entrar en la cocina, tropezó con una lata y la hizo rodar con estrépito. Oyó la voz de Lagarto en el cuarto de ña Camila.

—¿Qué es eso? ¿Lagarto en el cuarto de ña Camila? — se preguntó a sí mismo. Fué a convencerse si era verdad. Empujó la puerta, que no estaba bien cerrada, y dijo:

—Fui yo que tropecé con una lata.

—Ya que estás aquí, alcánzame un jarro de leche fresca.

—Solamente que le avise a ña Camila...

—Qué ña Camila ni qué nada... Anda a buscar la leche y deja a la criolla vieja por mi cuenta. Tengo que enseñarte a vivir... — y guiñándole uno de los ojos terminó:—Vas a ver cómo ña Camila está más blanda que una cera. Vamos, tráeme la leche.

Quito le trajo la jarra de leche y Lagarto la sorbió ávidamente, a grandes tragos.

Entregó la jarra vacía a Quito y haciendo restallar la lengua con el paladar, exclamó:

—¡Si tú supieses qué bueno es el ser rico, muchacho!

—¿Pero cómo fué esto? — preguntóle Quito, que no se daba cuenta de la permanencia de Lagarto en el cuarto de ña Camila.

—Después te contaré. Déjame ahora dormir — y se volvió para el otro lado, envolviéndose en los cobertores, perfumados suavemente con romero.

Ña Camila que llegaba en ese momento, oyó la pregunta de Quito, y encontrándolo aun en la puerta del cuarto, le torció las orejas.

—¿Qué viniste a buscar aquí, curioso? — empujándolo por la escalera hacia el corredor. — ¡Anda a tu servicio, sinvergüenza!

Lagarto, al sentirla, se levantó a medias en el lecho y le dijo:

—No quiero que le pegue más a Quito, ña Camila.

—¡Pero si es una peste!...

—¡Ah! es que ustedes cuando se ven arriba son peor que los patrones. Pues, ¡ahora no será así!

—¡Parece que pretende estar usted por encima de todo el mundo!

—No me fastidie, ña Camila. Estoy haciendo como todos cuando suben. Usted habrá hecho otro tanto. La vida es una farra continua. Todos los tejados tienen su teja rota, ña Camila. La cuestión es dar con ella, para poder entrar.

Y volvióse nuevamente para continuar su sueño interrumpido.

Ña Camila abandonó el cuarto temblando de rabia.

—¡Dominus tecum!

—Amén, ña Camila, — respondió el padre Roque al entrar.

—¿Cómo va Lagarto? ¿Qué dice el boticario?

Ña Camila dijo que no era nada de gravedad, sólo aquel arañón en el brazo que era cuestión de días y algo de maña de Lagarto. Pero no obstante eso, le parecía mejor que se quedara unos cuantos días en su cuarto: podía empeorarse, y luego a lo mejor dirían que fuera falta de caridad no haberlo cuidado hasta estar completamente sano.

Y ya en la mesa, el vicario, mientras pelaba una manzana, opinó que se le podía mudar para el sótano o para la granja. Ella protestó:

Que no, que se quedase allí. Ella ya se había arreglado, y tenía remordimiento porque había sido ella la culpable. — Y volvió a insistir sobre la historia de los gitanos: le habían dicho que ellos andaban rondando la casa, y si no le había avisado a su reverencia, fuera por no asustarlo; pero había puesto a Lagarto de centinela. El padre Roque se reía.

—¡Ah! ¿El señor vicario se ríe? Había un grupo de gitanos que estaba acampado cerca del pueblo. Andaban de casa en casa, pidiendo tachos viejos para componer; pero todos eran unos ladrones de caballos y de niños... ¡Qué horror! ¡Dicen que hasta comen criaturas!...

—Supersticiones... — le contestó el padre Roque mientras comía su manzana y agregó:—¡Son unos pobres de Dios a los que corren de todas partes!

—Pero entonces, ¿quiénes hirieron a Lagarto?

—No sé... no sé... Si aquí hubiese muchachas, todavía — y sonrióse confiado en la honradez de ña Camila, que salió perturbada, santiguándose:

—¡Cruces, señor vicario, ni por broma diga eso!

Esta historia de los gitanos tampoco Quito la creyó. Esperaba que Lagarto se levantara para satisfacer su curiosidad, que era grande, no exenta de la malicia aguzada de los muchachos que entraron ya en la pubertad.

Nada se consiguió averiguar acerca de los gitanos, a pesar de todas las diligencias oficiosas. No obstante ello, las mujeres que, aprovechando la oportunidad de curiosas, venían de visita, estaban de acuerdo con ña Camila en que sólo podían haber sido ellos, y alababan, en su presencia, sus virtudes.

—¿Ella no es una santa, ña Etelvina? La caridad que tiene ña Camila con Lagarto, sólo una madre lo hace por su hijo.

Al salir, sin embargo, interrogaban a Quito, que les abría la puerta. Una de ellas, cierta tarde, no se contuvo:

—¡Qué gitanos ni nada! Para mí fué Teodoro, celoso con el otro. El anda por ahí hecho un lobisonto y sólo sale de noche...

—¿Eh? ¿Qué es lo que está diciendo?

—Son unos amoríos que tuvieron, siendo niños... ¡Ah, si el vicario lo supiese! ¡Mire que fijarse en Lagarto, con aquella cara vejigosa! ¡Cruces! — y soltó un escupitajo grueso de asco.

Quito, por venganza, vino corriendo a contarle a ña Camila lo que había oído. Ella, airada, lo tomó de las orejas, como anteriormente, y le golpeó la cabeza contra el muro.

—¡Oh, desgraciado! ¡Peste del infierno!...

Lagarto oyó los gritos que daba Quito y asomando la cabeza por la puerta le gritó:

—¡Vieja del diablo, deje ese chico!

Quito se escabulló por entre las piernas de ña Camila y fué a buscar al padre Roque. Diciéndole:

—¡Ya me la pagará! ¡Va a ver!

Ña Camila, roja de cólera, se dirigió a Lagarto:

—¿No oye lo que me dice?

—¡Ah! Eso, día más día menos se va a saber, y el chico no tiene la culpa. Vaya y pregúntele a Gertrudis por qué dijo eso.

Ña Camila salió en seguida en busca de la otra, que debía estar allí cerca. Poco después volvió con ella. Gertrudis se deshacía en explicaciones:

—Que era mentira; que ella nada había dicho.

No bien ella volvió, Lagarto advirtió a ña Camila: Mire, ña Camila, es necesario terminar de una vez por todas con estas habladurías.

—Pero acabar ¿cómo?

—Deme el resto. Me marcharé, nadie sabrá más de Lagarto, y usted puede ser feliz con Teodoro.

—Más, ¡si le dí todo lo que tenía!...

—Entonces enséñeme el secreto del sagrario, y está todo concluido.

—¡No, no, ya te lo dije, maldito!... ¡Con las hostias consagradas que están allí!... ¡Oh, qué horror!

—Pues entonces... — amenazó Lagarto, casi mofándose — ha de ser gracioso cuando el padre Roque lo sepa todo!

—Prefiero irme, huir de aquí, antes que tocar el Santísimo Sacramento!

—No necesita tocarlo; enséñeme el camino, yo haré el resto. ¿Huir?... Es bueno no decirlo. ¿Y la policía? Sería gracioso ver entrar a ña Camila y a Teodoro entre dos soldados como los asesinos de Lagarto.

—¡Calla, maldito, excomulgado! ¡Si te pudiese agarrar te mordería, te haría aficos!...

—¡Ahí está! Así es la vida, ña Camila; y no me hace nada porque aun estoy arriba. ¡Qué escándalo sería si el padre Roque le preguntara dónde fué a altas horas de la noche, la santa ña Camila!—respondió Lagarto con su risa horriblemente irritante.

—Fué a ver qué me quería decir Teodoro, nada más... Estoy como mi madre me echó al mundo: libre de toda mancha.

—¿Y en los días siguientes?... ¿Piensa que yo no la oí salir cautelosamente?

—Fué a combinar con él lo que se podía hacer con una peste como tú.

Esas son disculpas que nadie creerá.... Vamos por las buenas, que es mucho mejor; es muy fácil: dígame solamente dónde está la clave del sagrario y enséñeme cuál es el secreto que tiene. Los gitanos se van esta noche y mañana toda la gente creerá que fueron ellos los que robaron la iglesia. Puede que hasta no sea conveniente que yo huya.

ña Camila pidióle entonces:

—Tenga compasión de mí, ¡por su madre!

—Ya murió hace tanto tiempo, ña Camila...

—¡Por lo que más quiera en el mundo!

—Sólo el dinero. Estoy viejo y me he convencido de que sólo con dinero la gente vale algo.

—Calcule cuánto vale la custodia de oro: yo le pagaré en dinero, un tanto por mes. Es un sacrilegio tocar allí.

—Tengo poco tiempo de vida; es necesario ir de prisa. Lo siento mucho, pero si no es esta noche, mañana el padre Roque...

—¡Excomulgado, peste, maldito de todos los diablos!

—En el sermón del domingo se pronunciará su nombre como el de la Juana, el de la Rita y otras; saldrá corrida de aquí como una res apestada a quien se echa para que no contagie el resto del ganado.

ña Camila lloraba, sollozando alto.

—También tengo derecho a no reventar por ahí como un can — insistía Lagarto. — Quiero gozar el resto de la vida, pagar mujeres llenas de seda y de perfumes para que me besen la lepra.

Hizo una pausa, interrumpida por los sollozos de ña Camila.

—¡Resuélvase! Yo puedo hasta dejarle un poco de lo suyo.

—¡Maldito! — le escunió ella al salir.

—Somos... ¡Y son todos! El perro que tiene mejores dientes, se queda con el hueso: así es el mundo.

*

* *

Quito encontró al padre Roque en la sacristía haciendo asientos en los libros de la parroquia. Le contó lo que había oído, deseoso de vengarse de ña Camila y de obligarla a huir de la casa. El padre Roque le interrumpió: le mandó que se callase, diciéndole que nada tenía que ver con aquello, y reprendiéndole ásperamente, lo despidió.

El chico salió con una nueva desilusión; no tenía allí a nadie. ¡Era verdad lo que decía Lagarto! Y más se aferró a su alma el deseo de aprender de una vez a tocar el órgano para librarse de aquellos vejámenes.

Obscurecía. A través de los vidrios del cuarto de Lagarto se veía la sombra de los árboles de la chacra, y la gran mole negra del monte recortada entre el azul del cielo y el verde de los prados. Lagarto se levantó a cerrar la puerta. Levantó en seguida el colchón de lana y de allí sacó su presa: una chafalonía de oro viejo, cruces, cadenas, medallas, algunas de plata. Meneó la cabeza; no eran muchos aquellos oros de ña Camila que tanto habían dado que hablar. En el fondo de una media había unos billetes viejos. Era una insignificancia; y entre ellos algunos habían desaparecido de la circulación, y no valían nada. Y pensó: la custodia, eso ya era otra cosa. La custodia que le describió Teodoro, incrustada de brillantes. Aquello sí valía la pena. El y Teodoro descansarían haciendo trabajar a los otros hasta enriquecerse. Entonces Lagarto había de tomar una borrachera de champaña y sería besado, no por aquella criolla vieja de Camila, sino por mujeres llenas de sedas, joyas y perfumes.

Guardó todo de nuevo bajo el colchón. Lanzó una mirada a través de los vidrios hacia el poblado, que iba a abandonar sin recuerdos, y sintiendo por el contrario un gran odio hacia toda aquella gente que le llamaba leproso y vejiguento.

La sombra acababa de borrar las casas del pueblo, que se

asemejaba a una masa confusa, junto al pequeño cerro. ¿Volvería algún día?... ¡Tal vez! Pero cuando fuese bien rico, cuando ostentase el título de barón o conde, como aquel italiano que había sido herrero en la aldea, y que al llegar a la capital hizo algunos negocios, y ahora era conde y su mujer, antigua lavandera, condesa.

Cuando fuese barón o conde y tuviese un automóvil, para humillar a toda aquella gente no sería ya el Lagarto, el leproso, el vejiguento. Sería el señor barón de Lagarto... No, no... el señor barón de cualquier cosa... V. E. para acá, V. E. para allá... para servir al señor barón.

Medio se levantó en la cama para hacer una reverencia con la cabeza:

—Muchas gracias, señor vizconde! A los pies de usted, señora condesa!

Un rayo de luna atravesó los vidrios y le iluminó el rostro alumbrándole las manchas de la lepra.

—¡Vida perra! — exclamó Lagarto con una sonrisa sarcástica.

Surgió de pronto, tras los vidrios, la figura de Teodoro.

—Estás loco: ¿hablando solo?... ¿Al fin ella se resolvió?

—Aun no; pero hiciste mal en venir tan temprano. Pueden haberme visto.

—Vine por la ribera y nadie me ha visto. Na Camila me dijo que ya te había dado todo el dinero. ¿Quieres que lo dividamos?

—Después. Vete, puede venir alguien. Espérame al pie del espinillo a media noche.

—Bueno. A ver si me engañas. Mira que tengo apuntado todo lo que ella te dió.

—¡Está bueno! He tenido tanto trabajo para oír esto. Déjame, que estamos corriendo riesgo.

—Mi trabajo no ha sido menor — le interrumpió Teodoro. — ¡Yo sólo sé cuánto me ha costado convencerla para que te entregue todo! Si ella no estuviera enamorada...

—Oye, alguien viene.

—Bueno, en el espinillo, entonces, a media noche — dijo Teodoro y desapareció.

Lagarto abrió la puerta del cuarto y volvió a acostarse. Se acercaban los pasos; era el padre Roque, siempre apoyado en su bastón. Antes de la merienda, cuando venía de las "visperas", acostumbra a pasar por el cuarto de Lagarto:

—¿Entonces cómo va?

—Como usted ve, señor vicario; creo que mañana podré levantarme. No sé cómo agradecerse a usted y a la pobre ña Camila que me cedió su cuarto.

—Agradécelo a Dios que es el padre de todos nosotros. ¡Toma! — y le dió un cigarro y unas frutas.

—No sé cómo pagárselo. El señor vicario ha sido mi padre. Ña Camila, que llegaba, desatóse en elogios:

—¡Santa alma la del señor cura!—Y con voz fina, prolongando las sílabas, concluyó:—¡Va a ir de...re...chi...to al cielo!

Después de la merienda frugal, que ordinariamente se componía de unas frutas o de una jarra de leche cuajada, el padre Roque acostumbra a quedarse en el comedor media hora, mientras acababa de rezar su oficio, y en tanto ña Camila ponía en orden la cocina. A las nueve se le oía decir:

—Puede ir a acostarse, ña Camila.

Ella le traía la palmatoria con una vela encendida, besándole la mano y diciéndole:

—Su bendición.

—Que Dios la bendiga.

Amparando con una de las manos la llama de la vela, el padre Roque subía la estrecha escalera de sus habitaciones. Ña Camila apagaba la lámpara de petróleo que había sobre la mesa y se iba a dormir. Esto lo hacía todas las noches, durante decenas de años.

Aquella noche, cuando ella trajo la palmatoria, el padre Roque, en vez de levantarse, le dijo en tono casi paternal:

—Me han contado unas cosas, ña Camila. Se las voy a decir para que se percate. No lo lleve a mal; son consejos de viejo... de viejo que sólo ahora está comprendiendo la vida.

Ña Camila se estremeció de miedo; un escalofrío le corrió por la espina dorsal, y un temblor, como de fiebre, le acuchilló las carnes y le llegó hasta los huesos... ¡Si el padre Roque lo sabría todo!

—Usted vino para esta casa cuando era una niña. Vaya si me acuerdo. — Y en sus ojos, como en los ojos de los abuelos, parecía revivir un cuadro antiguo. — Aquí se quedó, aquí creció — continuó evocando sus recuerdos, y mostrando con mano muy trémula los tamaños con que ella fuera creciendo. — Nunca hasta hoy he tenido nada que observarle...

Ña Camila, más animada por la emoción de las palabras que el viejo traducía, tartamudeó:

—Y no ha de ser ahora, después de vieja...

—¡Después de vieja! Todavía le falta mucho para llegar adonde yo estoy — respondió el padre mientras jugaban sus dedos con la tabaquera. — Y al envejecer es cuando crece el peligro. Es cuando los árboles quedan blandos, y los gusanos penetran en ellos. ¡Hay una tristeza en el alma que se despiden...! — Y en el tono de su voz se reflejaba esa niebla a modo de los recuerdos de los viejos. — ¡Yo no puedo decirlo!

—Pero ¿qué fué lo que le dijeron, señor vicario? Algún charlatán!... No pueden verla a una feliz. ¡Todos me envidian!

—Es sólo para avisarla. Murmuran que Teodoro está aquí de nuevo y anda rondándonos la casa.

Ña Camila sintió la sangre subírsele a la cabeza en una ola compacta, y vaciarse después como un tonel cuyo fondo de golpe se rompiese.

—Conozco su virtud, ña Camila. Es sólo por avisarla — dijo el padre Roque, y apoyándose en el respaldo de la silla, se levantó penosamente con las piernas en arco.

—Si ya nada tengo que ver con él, señor vicario. Nunca más me recordé de él. ¡Lo juro!...

—No necesita jurar. Yo sé, yo sé... — y tomando la palmatoria dió los primeros pasos, sonriendo. — ¡Tendría gracia, ña Camila! El mundo se vendría abajo... Dios la bendiga, y no se olvide de pasar por el cuarto de Lagarto a ver si necesita alguna cosa.

La madera seca de la escalera crujió bajo sus pasos; uno, dos, tres, cuatro, cinco escalones, luego la pequeña vuelta de caracol, y la figura simpática del excelente viejo desapareció. Ña Camila se quedó un momento mientras se reponía. Tenía las manos y los pies helados y el corazón le latía con palpitaciones frecuentes y fuertes. ¡Qué susto! ¡Imagínense si él supiera todo! — pensaba.

Surgióle de la imaginación la figura asquerosa de Lagarto. ¡Si ella no accedía a sus deseos, aquella escena iba a repetirse al día siguiente más terrible!... ¡Ella, corrida de allí como las otras que habían pecado!... ¡Ella, que ayudó a descubrir las faltas de otras

mujeres, que las espió y las torturó con aquel odio que le inspiran todos los que alcanzan la suprema ventura de ser amados!... Pero, ¿cómo evitarlo? ¿Dejaría que él profanase el sagrario y robase la custodia? ¡Oh!...

Lagarto, escondido tras de la puerta, había oído el diálogo, y acompañaba ahora los gestos de ña Camila. Colocóse en el rectángulo de luz que la puerta abierta proyectaba sobre la obscuridad del corredor, y como un espíritu demoníaco, cercado de llamas, largo, flaco, esquelético, con el cráneo calvo y agudo y la sonrisa tétrica deformándole los labios rojos y tumefactos, introdujo la cabeza y chistó como deben chistar los fantasmas que nacen en las sombras:

—¿Entonces está resuelta, ña Camila?...

V

Cuando vió la primera claridad, aun indecisa, de la madrugada que se anunciaba, ña Camila lloraba todavía, inclinada sobre la mesa de la cocina. No se resolvía a aceptar lo que le exigía Lagarto. Este esperara allí horas enteras, y al fin la dejó, marchándose al cuarto, no sin antes proferir una última amenaza.

—Que lo pensara bien; comprometía toda su vida en aquel paso.

Luchaba en su fuero íntimo el orgullo aldeano de su concepto de honestidad y el pavor místico de su sangre por el sacrilegio que iba a cometer. Lagarto, en su pieza, desesperaba ya de conseguir su propósito, cuando apareció, a través de los vidrios de la ventana, la figura de Teodoro, cansado de esperar.

—¿Y?... ¿Qué pasa?

—La criolla vieja no se resuelve. ¿No quieres hablarla tú?

—¿Cómo? Puede desconfiar...

—¿No tienen ustedes una señal convenida para llamarse?...

—Sí; un silbido corto y otro largo.

—Anda, ponte enfrente de la casa; dame tiempo de fingir que duermo y silba. Dile una disculpa cualquiera...

Teodoro descendió del parapeto y escurrióse de nuevo. Lagarto allegóse a la puerta del cuarto; ña Camila lloraba todavía.

—Bueno, hasta mañana. Voy a dormir, ¿sabe? Mañana toda la gente ha de alabar su virtud. — y cerró la puerta tras sí.

La cabeza de ña Camila era un caos.

Pasaron algunos minutos. Los silbidos de Teodoro interrumpieron el silencio.

—¿E! ? ¿Qué hacía allí a aquella hora?

Y supersticiosa, desfallecida, esperando algún socorro imprevisible pensó:

—Es Dios que lo manda para consolarme.

Surgió una idea en su cerebro exhausto: huir con él, irse lejos: se casarían donde Dios quisiera. Salió, en un impulso, hacia el corredor, no sin antes escuchar en la puerta del cuarto de Lagarto, que ya roncaba. Teodoro la esperaba abajo; se arrojó en sus brazos, tambaleándose, sin saber lo que hacía. Teodoro fingíase presa de un gran susto. Había venido sin avisarle, porque era necesario que decidieran alguna cosa. Si Lagarto no desaparecía era capaz de perderlos.

Ella entonces imploró que la llevase consigo, que huyesen: se volvería loca si continuaba en aquel suplicio. El, más calmado, le aseguró que ya había pensado eso mismo; pero si hufan, y eso era su mayor deseo, Lagarto contaría todo, y antes de muchas horas ambos estarían presos, denunciados, y ella, ¡pobre de ella!,

después de tantos años de virtud, perdida para siempre! Y tomándole las manos cariñosamente, con voz mimosa, poco a poco la convenció de que hiciérase la voluntad de Lagarto; éste no se que-
daría en el pueblo después del robo, y como los gitanos estaban levantando campamento aquella noche, caería sobre ellos la sospecha del crimen. El sacrilegio, al fin y al cabo, era para Lagarto y no para ellos que se casarían en seguida, y si ella le arreglaba un lugar en la casa del padre, se quedarían a vivir allí y a gozar de su felicidad.

La llevó hasta la escalera, aconsejándola, repitiéndole siempre que el sacrilegio lo haría Lagarto y no ellos. Por fin la hizo subir, ya resuelta.

A la misma hora el padre Roque se sentaba en la cama, fatigado e insomne. Cuando dejó a ña Camila y subió a su habitación para acostarse, ésta estaba perfumada por un delicioso olor de azahares, que entraba por la ventana abierta, mezclándose al olor lascivo de un jazminero que florecía sobre el techo del corredor. Se asomó a la ventana; allí se quedó un momento, aspirando las emanaciones de la sangre nueva de la primavera, que venían de la quinta y del jardín. La luna estaba en cuarto menguante: era apenas un trazo leve sobre la inmensidad oscura del cielo. Vefase, a lo lejos, el cerro, a través de una impalpable gasa color de ceniza, que los eucaliptus decoraban con un dibujo pobre... Pensó en ña Camila, en lo que le dijeran a Quito... No la juzgaba, sin embargo, con aquella severidad antigua, que ya la edad había ablandado. Si ella quisiera, toda vez que Teodoro estaba libre desde la muerte de Rita... ¡El amor! Y aspirando aquel perfume de pubertad, aquel perfume sutil de la eclosión de los jardines, una imagen reapareció en su mente, una de esas viejas imágenes que quedan en un rincón del alma, grabadas con tintas endebles, y que sólo las lágrimas de la "candade", con su ácido revelan... ¡Cuántas veces la había alejado de su memoria, durante esos largos años de creencia, de ascetismo y de rigor que había vivido! Son imágenes que quedan para toda la vida. ¿Por qué, entonces, condenar a los demás?

Cerró la ventana con sus manos trémulas, de viejo, y con su paso tardío, fué a acostarse, sintiendo en el fondo del alma un afán de perdón que se elevaba hasta para aquella propia imagen que tanto lo había hecho sufrir y que venía, ahora a pedirle indulgencia para los pecados de amor! Pasaron ante sus ojos las mujeres que él había execrado desde el púlpito; las mujeres que él había hecho condenar y expulsar de la aldea. Se daba cuenta ahora de que el sufrimiento de cada una de ellas le había causado placer; que había deshecho, con la voluptuosidad de una venganza, sueños felices, más felices de lo que había sido el suyo. Y se arrepentía. La nueva comprensión que surgía en su espíritu siempre recto, lo llenaba de remordimientos. No era, pues, la religión y su fe el objetivo que lo guiara. Había sido el odio que le quemaba el pecho, el odio hacia la felicidad ajena, hacia la ventura de los que se amaban y eran amados. No consiguió dormir en aquella mediación torturante para su conciencia austera. Se levantó y entreabrió la ventana otra vez. Las primeras claridades anunciaban la aurora; se vistió lentamente, para ir a la iglesia a pedir perdón a Dios por las injusticias que había cometido en su nombre, sirviéndose de él para vengarse de la viudez en que había dejado su alma para toda la vida...

También Quito, en la granja, acababa de levantarse. Se acostó, esperando que los demás lo hicieran, para ir al coro a continuar sus estudios en el órgano. Trasnocado como andaba, se durmió

profundamente y acababa de despertarse. Llegó a la puerta y miró el espacio. Faltaba aun bastante tiempo para amanecer. Se fué a la iglesia, llevando consigo la alegría y la esperanza de la virginidad de su primer sueño, mientras los demás se debatían en la fiebre de las últimas pasiones.

Pocos minutos antes ña Camila, casi arrastrada por Lagarto, había entrado por la puerta pequeña del bautisterio. Teodoro los había seguido pegado a los árboles y al muro de la iglesia, para que no lo viesen, y entró tras ellos, escondiéndose junto a la sacristía.

Ña Camila y Lagarto desaparecieron detrás del altar, cuando Quitó entró por la puerta grande del frente, subiendo sin hacer ruido al coro.

—¡Allí! — indicó ña Camila, sin querer mirar, señalando una llave pequeña, de la cual pendían cintas de damasco, y que estaba colgada en un escondrijo.

—¿Y el secreto? — preguntó Lagarto apoderándose de la llave.

—En el fondo del sagrario... hay una corona y un botón en el centro. Se aprieta el botón... — tartamudeó ña Camila bañada en un sudor frío, mientras se arrastraba para salir, para huir, horrorizada del sacrilegio que se iba a cometer, y segura de que la iglesia se vendría abajo, destruida por un rayo o cualquier otra cosa caída del cielo, en el preciso momento en que Lagarto pusiese sus manos impuras sobre la custodia. El trepó sobre el altar; holló con los pies el ara sagrada. Ña Camila, al oír el ruido de los pasos sobre el altar, quedó perpleja.

—¡No, no, por las llagas de Cristo! — le gritó.

Pero ya el Lagarto había abierto el sagrario y tomado la custodia. Ante la poca luz que entraba por uno de los "vitreaux", su figura se tornó siniestra, esquelética, enorme; los ojos abiertos por la ambición y el miedo, vestido con harapos, con la camisa abierta y desnudo el tronco obscuro; tenía la custodia en sus manos negras y blasfemaba imponiendo silencio a ña Camila:

—¡Cállate, bruja!

Teodoro, rastreando como una víbora, asomó la cabeza por sobre el pavimento. Sus ojos se encontraron con los de Lagarto y en los labios de ambos se reflejó una sonrisa de conquista.

—¡Al fin!...

En ese mismo momento, desde lo alto del coro, pausado, casi llorando, el órgano derramó por la iglesia, delante del Santísimo en exposición, la música de Quito, música de primeras creencias y de primeros fervores...

Ña Camila, dando un grito, se arrojó al suelo, besándolo fervorosamente:

—¡Perdóname, Señor! ¡Perdóname!

Y Lagarto, en cuya sangre de aldeano vivían mal ocultas las supersticiones y las creencias, sintió que se le helaba la sangre en las venas. Arrojó la custodia en el sagrario, cerró la puertecita y de un salto ganó el corredor del bautisterio, huyendo, con los cabellos erizados. Teodoro se irguió también para huir, pero cayó en tierra, temblando. Ña Camila lo vio y agarrándolo por las piernas, le gritó:

—¡Arrodíllate, arrodíllate, y pide perdón por mí!

Y los dos, arrodillados, repetían sus rezos:

—Creo en Dios Padre, todopoderoso...

La música cesó; Quito, que había oído el grito de ña Camila, espío por entre las gradas del coro. En aquel momento, en la media claridad de la capilla, que la lámpara de aceite del altar

de María, dorada en oro pálido, surgió la figura macilenta del padre Roque. Se detuvo, sorprendido, al encontrarse con Teodoro y ña Camila. Oyó que rezaban... Sonrió entonces, y con la alegría de una primera penitencia, por las injusticias que practicó, se aproximó a ellos y tocándoles en los hombros, preguntó:

--¿Entonces, era verdad?

Ña Camila, al oír la voz, al ver delante de sí aquella figura inflexible, austera, tremenda, que la iba a fulminar, se arrojó a sus pies:

--Perdóneme, señor vicario... Perdóneme mi gran pecado.

El padre Roque les tomó las manos, las fué cruzando serenamente.

—Sólo el odio es pecado, y grande, hijos míos... no el amor!... Yo los caso en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

En la sonoridad cóncava de la capilla, la voz del padre Roque se elevó claramente hasta el coro, y Quito al oír la nueva indulgencia, quiso aprovecharla... Y la capilla se llenó de nuevos sonos, como la luz que entraba irisándose en los vidrios de los ventanales, anunciando para todos una misma y sola aurora...

Laudis de Souza

¡Muchachas! Hermoseen su Cabello y Eviten la Caspa

El cabello se pone lustroso, ondeado, espeso y encantador en pocos minutos.

La menor partícula de caspa desaparece y el cabello no se cae más.

Con el uso de Danderine Vd. puede conservar el cabello. En menos de diez minutos puede duplicar su belleza. Después de una aplicación de Danderine su cabello se le pondrá ondeado, sedoso, abundante y se verá como el de una niña. Pruebe también esto: humedezca un paño en un poco de Danderine y pásesele cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Esto limpiará el cabello de polvo, suciedad y de grasa excesiva, y en pocos minutos duplicará la belleza de su cabello. Aquellos que han descuidado su cabello, o que por el contrario lo tienen áspero, descolorido, seco, quebradizo o delgado, tendrán una sorpresa agradable al conocer esta nueva preparación. Además de embellecerlo, Danderine destruye toda partícula de caspa, limpia,

purifica y fortalece el cráneo, evitando la picazón y que se caiga el cabello: pero lo que más le agradará será ver cómo, después de usarlo unas cuantas semanas, el cabello se le pondrá fino y suave, y le saldrá cabello nuevo por todo el cráneo.

Danderine es para el cabello lo que la lluvia y el sol para las plantas. Va directamente a las raíces, fortaleciéndolas y dándoles vigor. Sus propiedades estimulantes y vivificantes hacen que el cabello crezca largo, firme y bonito.

Si quiere Vd. tener una cabellera bonita, lustrosa, y, sobre todo, abundante, compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y úselo según las instrucciones que acompañan a cada frasco.

Para informes: L. F. MILANTA—Rivadavia 1255-Bs. As.

IMPORTANTE

Las colecciones de LA NOVELA SEMANAL

Ante las numerosísimas e insistentes demandas de colecciones que recibimos continuamente de parte de los lectores de la capital y de todo el interior de la república, y a pesar de la crisis de papel por que atraviesan todas las empresas editoriales del país y que amenaza aumentar diariamente su gravedad, burlando todas las prevenciones que se hagan para combatirla, resolvimos reeditar la mayoría de los números hasta la fecha agotados, imponiéndonos este considerable sacrificio en beneficio único de los lectores remisos que dejaron pasar sin adquirir las primeras publicaciones. Por lo tanto, hacemos notar la conveniencia de los lectores y coleccionistas de "LA NOVELA SEMANAL" que se procuren los números tan pronto como vayan apareciendo, y conseguirán el doble beneficio de facilitar la tarea de nuestra interesante empresa y conseguir poseer continuamente la colección completa de esta revista.

LA DIRECCION.

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires — U. T. 946, Avenida

Único Concesionario para la venta en la Capital Federal:

LUIS B. GALVAN

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 990.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, Núm. 633.

Agente en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.

Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

APARECE TODOS LOS LUNES CON UNA OBRA COMPLETA E INTERESANTE
DE LOS MEJORES ESCRITORES ARGENTINOS

PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso, 2.^a edición.
2. La Huelga, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviria), 2.^a edición.
3. Artemis, de Enrique Larreta, 2.^a edición.
4. Una madre en Francia, de Belisario Roldán, 4.^a edición.
5. Luna de miel, de Manuel Gálvez.
6. La Psiquina, de Ricardo Rojas.
7. Werther y Don Juan, de J. Ingenieros, 3.^a edición.
8. El cofre de ébano, de Alejandro Sux, 3.^a edición.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El instinto, de Pedro Sonderéguer, 3.^a edición.
11. La evasión, de Benito Lynch, 2.^a edición.
12. La ciudad del autor y de la muerte, de Julián de Charra, 2.^a edición.
13. El Babú de Naranyana, de Carlos Muzzio Sáenz Peña, 2.^a edición.
14. Expinción, de J. L. Fernández de la Puente.
15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton.
16. Plutón, de Julio Navarro Monzó.
17. Bobó, de Miguel R. Roquendo.
18. La esfinge, de Julio del Romero Leyva.
19. En la senda, de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Toirá).
20. La voluptuosidad del poder, de Pedro Sonderéguer, 1.^a parte.
- " " " " " 2.^a "
- " " " " " 3.^a "
21. El tul violeta, de la Sra. d. R. de Orlandiz.
22. La degollación de los inocentes, de Atilio Chiappori.
23. El apóstol del Ayú, de Juan José de Soiza Reilly.
24. Holocausto, de César Carrizo.
25. El pozo de las murenas, de Pedro Angelici.
26. La diva, del Marqués de Atela.
27. Hipódromo, de Mario Bravo.
28. La revelación, de José León Pagano.
29. El caballo de Carcela, de José de Maturana.
30. Dorios, de Cyro de Azevedo.
31. La expulsión de los doctores, de E. Richard Lavalle.
32. Del Parnaso al chiquero, de Eustaquio Pellicer.
33. Cristina, de Alfredo Duhau (número extraordinario).
34. El ataja-camino, de Juan Carlos Dávalos.

POLVO GRASEOSO

LEICHNER



LEICHNER

es la marca que usted debe exigir cuando
pida polvo graseoso.

A su vendedor exíjale el verdadero
y legítimo Leichner y no otro.

VENTA EN TODAS PARTES

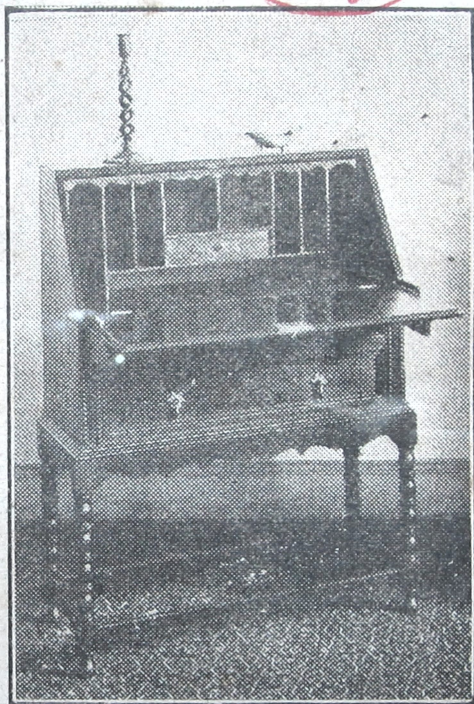
Representante en Asunción (Paraguay):
GUILLERMO PERONI
Ayolas esq. Benjamín Constant.

Representante en Montevideo:
MACEDONIO FERRARI
Juan Carlos Gómez, 1513



Un BUREAU que adorna una habitación, ocupando poco sitio, y que cumple las condiciones de comodidad, distinción y verdadera economía que distingue a todo mueble de

Thompson
Muebles



En roble color antiguo, cierre automático, con dos grandes cajones en su base y en la parte superior con las divisiones interiores que muestra el grabado, patas torneadas estilo Jacobino; mueble elegante, muy fino y prolijamente terminado

\$ 135.—

El mismo modelo en fina caoba incrustada.....

„ 110.—

CATÁLOGOS Y EMBALAJE GRATIS

FLORIDA 833

Buenos Aires